



Notas de pastoral Juvenil

12

AÑO 2 - 2016. Santiago de Chile



La Iniciación cristiana de jóvenes

Documentos de Reflexión sobre la Pastoral Juvenil Salesiana
Inspección Salesiana San Gabriel Arcángel - Chile

La iniciación Cristiana con jóvenes

Reflexión sobre Pastoral Juvenil

¿Por qué se habla de iniciación cristiana?

Hablar de iniciación cristiana es algo relativamente reciente en la Iglesia. No son más de quince o veinte años. Antes de eso, las parroquias, escuelas católicas y movimientos no tocaban este tema. Analicemos algunos de sus principales aspectos.

¿De qué se trata? Como una primera descripción, digamos que iniciación cristiana es la primera etapa en el seguimiento del Señor Jesús. Para la Iglesia, implica el acompañamiento de los primeros pasos en el crecimiento de aquellas dimensiones que hacen de una persona un/a cristiano/a.

¿Y por qué es tan reciente? Porque antes, en Chile y en toda América Latina, la sociedad, especialmente las familias, se encargaban de esto, es decir, de introducir a las personas a la vivencia de la fe católica. Los primeros “rezos” (como el Padrenuestro, el Ave María), la práctica de la oración (antes de las comidas y antes de irse a dormir), el conocimiento básico de la doctrina cristiana (por medio de explicaciones de los padres, la lectura de la Biblia, de algún catecismo o de lecturas “piadosas”), las prácticas de fe (como el Rosario, la asistencia a la Misa dominical, el recogimiento de Semana Santa, la Misa del Gallo en Navidad), se aprendían en casa. Estos hábitos hacían innecesario que los distintos organismos eclesiales tuvieran que preocuparse de los primeros pasos en la evangelización de las nuevas generaciones. Las parroquias, escuelas católicas y movimientos, por ejemplo, sólo tenían que preocuparse de profundizar o ampliar la fe de los niños y jóvenes que ya había sido activada por las prácticas cotidianas de las familias católicas, respaldadas, a su vez, por el ambiente social claramente católico.

El problema se produjo cuando la población chilena comenzó a sufrir fuertes transformaciones socio-culturales, digamos, desde los '60 en adelante¹, y la Iglesia no cambió los procesos evangelizadores con la rapidez que exigía esta transformación del país y de al menos todo Occidente. En otras palabras, aunque hubo modificaciones en los modos en que se educaba la fe en las instancias oficiales de la Iglesia, ocurrió a una velocidad mucho más lenta de la que iba el mundo; tales cambios ocurrieron a veces a la fuerza, a regañadientes de sus responsables.

¹ Para facilitar el análisis, no nos preguntaremos si la población chilena estaba suficientemente evangelizada antes de esa década. Al menos, cuando el P. Alberto Hurtado escribió en 1941 el libro “¿Es Chile un país católico?” muchos se ofendieron por haberlo puesto en duda.

¿Estaba equivocado el modelo evangelizador tradicional?

Es posible que algunos lo entiendan así, pero no hay que malinterpretar lo anterior, en el sentido de creer que ese desfase entre el afán evangelizador de la Iglesia y el real nivel de adhesión religiosa de los chilenos, ha impedido al Espíritu generar vida a través de la acción pastoral. Lejos de ello, muchos son los frutos positivos que se pueden señalar en estos últimos cincuenta años, por ejemplo²:

- La Iglesia ha crecido en un encuentro vital con el **Señor Jesús**, a través de la lectura y meditación de la Biblia.
- Se ha desarrollado un inmenso cariño y devoción hacia la **Santísima Virgen María**.
- Han habido **santos** chilenos, **beatos** y otros, cuyos procesos de santidad están en curso.
- Es admirable la **piEDAD popular** expresada de maneras únicas y valiosas.
- Es valiosa la presencia de los **laicos** en la Iglesia y en la sociedad.

¿Qué resultados trajo este desfase?

Ya que por distintas razones la sociedad fue limitando la influencia de la Iglesia Católica, las familias ya no tuvieron el soporte social que antes encontraban en el Estado y en los medios de comunicación social, para educar la fe de las nuevas generaciones. Esto porque:

- se hizo cada vez más fuerte una mirada que no recurría a la autoridad de la Iglesia para explicar el mundo, valorando así la autonomía del mundo civil (es el fenómeno denominado *secularización*);
- aumentó el número de ideas y corrientes de pensamiento en la sociedad (*pluralismo*),
- a la par de recibir influencias desde ciertos grupos de poder socioeconómicos a nivel mundial (*globalización*),
- que ha llevado, de distintos medios, a centrar la vida de las personas en el consumo de bienes y servicios (*consumismo*).

Con todo esto, se fue abriendo una brecha entre el menor grado de conocimientos y hábitos de vida cristiana de las nuevas generaciones y los modos tradicionales de formación de la Iglesia, pensados esencialmente para ayudar a profundizar la fe. Sólo con el paso de las décadas fue evidente que, por ejemplo, los catequistas tenían crecientes dificultades para profundizar la fe de niños y jóvenes ¡porque no había nada que profundizar o fortalecer!, sólo saber algunas cosas y tímidas prácticas, muchas veces aprendidas por el empeño de algún pariente (generalmente algún abuelito o abuelita), o por una persistente atmósfera cristiana que queda en la familia y que se expresa en algunas pocas tradiciones, como que los niños tienen que hacer la primera comunión y que es bonito casarse por la Iglesia.



² Ver CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, Orientaciones Pastorales 2008-2012. Santiago, CECH, 2008, nº 52.1ss.





¿Es culpa de la sociedad que se hayan producido estos cambios?

No son pocos cristianos quienes miran con malos ojos al mundo, echándole la culpa de ser un lugar de perdición. Olvidan que este mundo es amado por Dios, pues en ellos están sus hijos amados e hijas muy queridas. Más inteligente resulta tratar de reconocer qué nos ha impedido, como Iglesia, una reacción más rápida y oportuna. Por ejemplo, el Papa Francisco denuncia el adormecimiento en que han caído gran parte de las comunidades cristianas, en parte debido a la poca sensibilidad que se ha tenido ante los cambios culturales y al hacer más de lo mismo, casi como “espasmos pastorales”.

“Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como «el más preciado de los elixires del demonio». Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior, y que apollan el dinamismo apostólico”.

No es de sorprenderse que en la V Conferencia General de los Obispos Latinoamericanos realizada en la ciudad de Aparecida (Brasil, 2007) ellos se hayan cuestionado la manera en que la Iglesia educa hoy la fe y alimenta la experiencia cristiana:

“Es un desafío que debemos encarar con decisión, con valentía y creatividad, ya que en muchas partes la iniciación cristiana ha sido pobre o fragmentada” (DA 287).

En sintonía con ese diagnóstico, los responsables del mundo salesiano dijeron en 2008,

en el Capítulo General XXVI:

“...nuestras iniciativas no están siempre claramente orientadas a la educación en la fe. Los procesos de catequesis son débiles y en muchos casos no suscitan en los jóvenes una vida sacramental convencida y regular, una verdadera pertenencia eclesial y un valiente compromiso apostólico” (nº 28)

PARA REFLEXIONAR



A partir de tu experiencia sirviendo como agente pastoral, ¿qué habías escuchado acerca de “iniciación cristiana”? ¿Quién lo dijo? ¿Es un tema recurrente hoy?

³ FRANCISCO, Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Ciudad del Vaticano, 2013, nº 83.





Volver a las fuentes

Ante esta situación, expertos y pastores han sugerido volver a mirar a los tiempos en que surgió la Iglesia. Animada en primer lugar por un pequeño grupo de pescadores, campesinos, artesanos, gente iletrada, pobre, en un rincón insignificante para el poder del Imperio Romano, en poco tiempo (mirado desde estos casi veintidós siglos de vida), ese grupo se multiplicó y puso de cabeza a gran parte del mundo conocido por entonces.

Al remirar los primeros pasos de la Iglesia, se nota en sus prácticas el convencimiento implícito de que una persona no se hacía cristiana por un acto de voluntad, sino que debería introducirse lentamente, ser iniciada en la adhesión a Jesús y su Evangelio. Así, ya en el texto Hecho de los Apóstoles, se percibe que una de las notas especiales de las primeras comunidades era el discernimiento, que las movía no sólo a elegir bien a sus ministros sino también a poner extremo cuidado en sondear la sinceridad de la conversión de quienes querían hacerse cristianos por medio del bautismo. En diversos pasajes se habla de las condiciones que les ponían a los “*simpatizantes*”: convertirse al Señor Jesús, abandonar la vida descuidada que llevaban y formarse en la enseñanza de los apóstoles, aprendiendo a celebrar y vivir como discípulos.

A medida que fueron muriendo los apóstoles, sus sucesores, en ciudades en torno al mediterráneo, fueron de a poco sistematizando un método de formación. Ya a mitad del siglo II, en algunos lugares estratégicos del territorio imperial, como Roma, Antioquía, Jerusalén, Alejandría y Cartago, se vio necesario establecer un tiempo de prueba a quien decía que quería hacerse cristiano. En la ciudad costera de Cesarea, cerca de Palestina, Orígenes decía en el año 240:

“¿Desean recibir el bautismo y merecer la gracia del Espíritu? Entonces tienen que ser purificados a partir de la ley; ante todo, oyendo la Palabra de Dios, tienen que desarraigar sus vicios habituales y aplacar sus costumbres bárbaras, para que, habiéndose revestido de dulzura y de humildad, puedan recibir la gracia del Espíritu Santo”.

Una vez comprobada sus rectas intenciones, en una ceremonia se invitaba a los simpatizantes a firmar un libro en que se comprometían a perseverar en las enseñanzas que le dieran los agentes pastorales que la comunidad designaba para ello. Durante un tiempo, que podía durar entre tres y cinco años, los ahora llamados “catecúmenos”, recibían una enseñanza fundamentalmente bíblica y litúrgica, con especial énfasis en cómo debe vivir un cristiano.

Se entendía que alguien estaba apto para el bautismo cuando daba tres frutos:

- el arrepentimiento de las faltas, pues el bautismo es un «baño para la remisión de los pecados», afirmaba Justino,
- la plena acogida a la fe de la Iglesia, y a ella misma, como maestra de verdad, y
- una vida transformada: hay que «asegurar que se es capaz de vivir según esta doctrina».





Una vez que alguien evidenciaba estos signos de madurez, era elegido por la comunidad para el bautismo. Desde esta elección hasta el día de su bautismo, mediaba un tiempo de profunda penitencia y oración. ¡Era un “elegido”, y debía prepararse bien para tal paso! Tertuliano, en el norte de África, a principios del siglo III, recomendaba:

“Los que van a acceder al bautismo deben invocar a Dios con fervientes oraciones, ayunos, genuflexiones y vigili­as. Se prepararán también con la confesión de todos sus pecados pasados...”

Finalmente, en la Vigilia Pascual de preferencia, la persona se bautizaba, en una ceremonia llena de signos litúrgicos que acentuaban la nueva vida que asumía.

Pero ese no era el final del camino. Se acostumbraba que los ahora llamados “neófitos” (brotes nuevos) continuaran un breve tiempo más, para ahondar en comunidad el regalo que habían recibido en los sacramentos celebrados antes. Hipólito de Roma, hacia el 215, comenta:

“Terminado esto, cada cual se aplicará a hacer buenas obras, a agradar a Dios y a portarse bien, a tener celo por la Iglesia, haciendo lo que ha aprendido y progresando en la piedad”.

A todo este proceso se le llamó *catecumenado*. Pero, por desgracia, con el tiempo, especialmente cuando en el siglo IV concluyeron las persecuciones a las comunidades cristianas, y poco después el cristianismo llegó a ser religión oficial del Imperio, la masiva llegada de personas para bautizarse hizo que la Iglesia no pudiera responder a esa demanda con el mismo cuidado y exigencias de antes, por lo cual se aligeraron los requisitos. Aunque se trató de fortalecer con

nuevos signos aprovechando la Cuaresma, y este tiempo vio los notables esfuerzos y aportes de un San Ambrosio y de un gigante como San Agustín, ya en el siglo VI prácticamente había desaparecido la práctica catecumenal, pues a los nuevos cristianos los bautizaban de niños, apostando a que su familia y la sociedad les darían los elementos básicos.

Con esa actitud llegó y creció el catolicismo en nuestro continente latinoamericano. Salvo chispazos menores, no se volvió a escuchar de catecumenado hasta fines del siglo XIX, cuando, por la actividad de misioneros franceses, se volvió a utilizar ese sistema en África. Pero hubo que esperar a que el Concilio Vaticano II, hace sólo 50 años, ordenara re-implementar el catecumenado.

PARA REFLEXIONAR



Acabamos de afirmar: “...a los nuevos cristianos los bautizaban de niños, apostando a que su familia y la sociedad les darían los elementos básicos” ¿Te parece que la Iglesia debe seguir insistiendo en esta estrategia? Justifica.





Luz para nuestro tiempo

Sí, la experiencia que vivieron los adultos que se convirtieron a la fe cristiana en los inicios de la Iglesia dice mucho a la Iglesia actual. Esto porque, como se dijo antes, la cultura chilena y occidental diluye rápidamente su identidad católica y adquiere tonos paganos, similares en muchos aspectos al mundo que vio crecer a la Iglesia entre los siglos II al V.

No es de extrañar, entonces, que se hable hoy de itinerarios de iniciación cristiana “de inspiración catecumenal”. Y todo esto, no como un proceso más, al lado de lo que ya se hace en las parroquias y colegios católicos, sino como formato básico para todo itinerario orientado a la educación de la fe. Dijeron los obispos latinoamericanos:

“Proponemos que el proceso de iniciación cristiana sea asumido en todo el Continente como la manera ordinaria e indispensable de introducir en la vida cristiana y como la catequesis básica y fundamental” (DA 294).

La pastoral salesiana se hizo eco de esta intuición cuando, por medio del Dicasterio para la Pastoral Juvenil, propuso recientemente:

*“...la espiritualidad salesiana que vivimos y ofrecemos a los jóvenes nos invita a acompañarles a través de pasos graduales en la maduración de la fe, asegurando una verdadera **iniciación en la experiencia religiosa cristiana**.*

Todo lo demás, desde los itinerarios a los procesos pedagógicos, no son más que medios con vistas a este fin⁴”.

Por lo tanto, respondiendo a esta nueva época, queremos:

- **No** contentarnos con renovar algunos métodos, tener más subsidios y mejorar la formación de nuestros agentes pastorales. Sería más de lo mismo.
- **Sí** optar por otro modelo, distinto de la tradicional “preparación a los sacramentos” o del activismo apostólico a los que hemos reducido la pastoral, especialmente la pastoral con jóvenes. Ese modelo es el de “iniciación cristiana”.

PARA REFLEXIONAR



¿Te parece que la iniciación cristiana es una moda, o es una iniciativa que llegó para quedarse?

⁴ DICASTERIO PARA LA PASTORAL JUVENIL, Repensar la Pastoral Juvenil. Roma, pp. 11-12. Destacado en el original.



¿QUÉ ES LA INICIACIÓN CRISTIANA?



Primero que todo, hay que saber que la *iniciación* es una característica del ser humano. Ella se vincula con ritos preparatorios que se suelen hacer para enfrentar momentos claves de la vida. Por ejemplo, en las culturas antiguas había diversas prácticas que marcaban la iniciación sexual de varones y mujeres, y el paso a la vida adulta. Pero también hoy ocurren iniciaciones: hasta no hace mucho se hacía la “fiesta de los 15”, con la cual la joven, ya no considerada una niña, iniciaba su vida en sociedad; hoy, antes de comenzar sus estudios superiores, el/la estudiante recibe un “mechoneo”; cuando alguien comienza un trabajo, se espera que “pague el piso”; una pareja recién casada generalmente vive su “luna de miel”; la fiesta del “baby shower” precede un nacimiento, etc.

Si esto se ha vivido en asuntos de nuestras interrelaciones humanas, aquella relación que se tiene con Dios tiene un formato similar. En efecto, antes de decisiones religiosas, muchas personas viven jornadas de discernimiento o retiros, de modo que no es de sorprender que alguien que se decida a vivir más radicalmente su amistad con Dios, viva un período de preparación o iniciación a tal paso.

Propiamente los ritos que en sus orígenes asumió la Iglesia para la iniciación cristiana se inspiraron en prácticas antiguas de algunas religiones paganas (llamadas “religiones mistericas”), presentes en la cuenca del Mar Mediterráneo.

Para quienes diseñaron esos procesos,

había una certeza: el acceso al Misterio de Dios no se hace a través de la simple o sola enseñanza teórica, sino a través de progresivas experiencias de fe que marcan integral y profundamente a los aprendices. Esta es la enseñanza de los primeros siglos de la Iglesia y que hoy se desea recuperar desde la experiencia de iniciación cristiana.

Etapas del proceso catecumenal

Sinteticemos de qué se trata cada una de las etapas de un itinerario de catecumenado. Para entenderlo mejor, lo haremos con una leve traducción al mundo juvenil:

a. Pre-catecumenado:

Objetivo: Optar por una primera adhesión vital a Cristo y su Evangelio.

Interlocutores: Llamados “simpatizantes”, son jóvenes no católicos o no cristianos, que tienen interés por la persona de Jesús y desean enraizar cierto sentimiento de conversión a Él. También jóvenes católicos alejados, que pueden haber tenido o no en su momento una preparación a la Confirmación y/o a la Eucaristía, pero ahora desean renovar su compromiso cristiano con mayor conciencia.

Sentido: En esta etapa, a partir de las realidades más acuciantes para la mente y el corazón humano, los animadores y asesores explican adecuadamente a los simpatizantes la novedad y originalidad de la propuesta de Jesús de Nazaret; se les acompaña para que, con la mayor conciencia, brote la conversión inicial, así como la sincera voluntad de seguir a Cristo.



b. Catecumenado:

Objetivo: Profundizar la adhesión a Cristo y a su Evangelio por medio de un mejor conocimiento de su mensaje y la práctica del amor fraterno.

Interlocutores: son jóvenes que han celebrado el Rito de Admisión, y les permite ser llamados ahora “catecúmenos”.

Sentido: En esta etapa se recibe una formación cristiana completa, aunque global, a fin de que el catecúmeno se introduzca paulatinamente en las diversas dimensiones de la vida cristiana en su comunidad eclesial de pertenencia. Esto se logra por tres vías convergentes: primero, por momentos de catequesis, en plena sintonía con el Año Litúrgico y enriquecidos con celebraciones de la Palabra. Segundo, por medio de celebraciones litúrgicas de su Comunidad Eclesial, que los fortalecerán paulatinamente en sus convicciones y los purificarán de cualquier motivo inadecuado. Y tercero, por medio de la práctica de la vida cristiana, ayudados por el ejemplo y la cooperación de los responsables, de los acom-

c. Iluminación:

Objetivo: Revisar las disposiciones internas ante la inminente recepción o renovación del compromiso sacramental.

Interlocutores: son los jóvenes que han pasado por el Rito de la Elección, tras lo cual son llamados ahora “elegidos”.

Sentido: Esta etapa tradicionalmente coincide con el tiempo de Cuaresma y se orienta a una preparación más intensa de los sacramentos de iniciación. Los elegidos son invitados a permanecer vigilantes, a orar, a purificar y renovar sus corazones por la conversión y a asistir a las experiencias formativas, que son jornadas de oración o retiros, más que catequesis.

Finalmente, los elegidos se bautizan, son confirmados y comulgan, o renuevan tales compromisos sacramentales, normalmente en la solemnidad de la Vigilia Pascual.

d. Mistagogía:

Objetivo: Profundizar la adhesión a Cristo y a la Iglesia, por medio de una mayor interiorización de la vida sacramental y de la práctica cotidiana de la caridad.

Interlocutores: son los nuevos cristianos que, en virtud de su bautismo, son llamados ahora “neófitos”, es decir, “brotes nuevos”. Junto a ellos están aquellos jóvenes cristianos que, habiéndose bautizado alguna vez, renovaron ahora su compromiso bautismal. Ambos son similares, ya que, en cierto modo, ambos son renacidos, aunque cualitativamente de modo diverso.

Sentido: La última etapa, tradicionalmente realizada durante todo el tiempo pascual, se dedica a la catequesis mistagógica, es decir, a la profundización en la nueva experiencia de los sacramentos y de la comunidad. La comunidad cristiana acoge a los neófitos, y con ellos, por la meditación del Evangelio, la participación de la Eucaristía y el ejercicio de la caridad, va adelantando en la profundización del misterio pascual y en el testimonio existencial del mismo. La nueva participación de los sacramentos, al mismo tiempo que ilumina la comprensión de las Sagradas Escrituras, redundando en la experiencia de la comunidad, de manera que a los neófitos se les hace más fácil y más útil la convivencia con los otros fieles.

En resumen, la *iniciación cristiana* es un itinerario:

- diseñado según las etapas del catecumenado bautismal,
- que incluye una fuerte experiencia de encuentro con Cristo vivo,
- que ofrece una formación integral, aunque paulatina, en todas las áreas de la vida cristiana,
- con particular protagonismo de una iniciación litúrgica y bíblica.

Sin un proceso de iniciación, nuestros muchachos en los colegios, parroquias, centros juveniles, en el MJS, etc., no lograrán vislumbrar ni menos asumir las dimensiones y perspectivas de la vida cristiana.



A propósito de esto, el P. Pascual Chávez, ex Rector Mayor, dijo:

“Más que hablar de una “transmisión” hay que hablar de “iniciación”, lo que comporta un acompañamiento del joven desde su concreta situación hasta la plena madurez humana y cristiana. Y esta sólo es posible con un vínculo comunitario y vivencial. El crecimiento en la vida cristiana debe presentarse y realizarse como iniciación concreta a la fe viva⁵”.

Nuestras comunidades educativas pastorales deben asumir la iniciación cristiana como clave no tanto por sobrevivencia, sino en perspectiva de su propio desarrollo. Tarde o temprano, los responsables locales de la pastoral juvenil también tendrán que hacerse expertos en diseñar y animar itinerarios de esta clase, en la esperanza de que, como dijeron los obispos reunidos en Aparecida:

“Una comunidad que asume la iniciación cristiana renueva su vida comunitaria y despierta su carácter misionero. Esto requiere nuevas actitudes pastorales de parte de obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y agentes de pastoral” (DA 291).

PARA REFLEXIONAR



Hace cincuenta años el Concilio Vaticano II nos impactó al afirmar que hacía mucho tiempo que el mundo no está en cristiandad. ¿Qué signos percibes en tu CEP que indiquen que aún hoy es necesario recordar esto?



⁵ DICASTERIO PARA LA PASTORAL JUVENIL, Repensar la Pastoral Juvenil. Roma, 2011, p. 12.



INDICACIONES PARA LA INICIACIÓN CRISTIANA CON JÓVENES

En todo lo dicho antes, un asesor y un animador astutos podrán descubrir “entre líneas” varias indicaciones que les pueden ayudar en su trabajo con jóvenes. Para ayudarlos a sistematizar algunas de ellas, proponemos como ejemplo las siguientes:

1. Por lo general, los jóvenes ya no vienen con un conocimiento siquiera básico sobre la fe cristiana. Por lo tanto, no hay que dar por sentado nada, ni siquiera que conocen los rezos más tradicionales, o prácticas mínimas, o hechos supuestamente elementales de la vida y mensaje de Jesús.
2. Es impensable hacer una pastoral con jóvenes sin un itinerario. Por ello, toda pastoral con jóvenes debe diseñar itinerarios que contemplen las etapas catecumenales antes descritas. Por supuesto, estos itinerarios responderán a la originalidad carismática de cada experiencia asociativa, pero tendrán siempre una primera etapa orientada a conocerse y al despertar religioso, en la que sus preguntas vitales se iluminen luego con el kerigma de Jesús (ver el número anterior de estas NPJ), para posteriormente entrar en otros detalles y especificaciones.
3. Precisamente hoy se debe poner mucho cuidado en la primera etapa, con la duración que necesite, para animar la débil llama religiosa que cada joven por lo general trae desde sus contextos de vida (familia, barrio, amigos, sociedad) y hacerla

crecer con paciencia. Para eso es fundamental conocer sus preguntas, necesidades y deseos.

4. Para iniciar cristianamente a los jóvenes que viven en el Chile actual, ¿con qué personal apostólico contamos? La formación de asesores y animadores de pastoral juvenil, ¿estará en sintonía con los aprendizajes específicos de la iniciación cristiana que después deberán promover en las personas? ¿Son verdaderos compañeros de viaje de otros jóvenes, capaces de hacer una lectura sapiencial del misterio cristiano que sus muchachos comienzan a conocer? Sin duda que un desafío de fondo es ofrecer una verdadera “formación iniciática” a los asesores y animadores de pastoral juvenil.
5. Puesto que en la iniciación se dan los primeros pasos en la identidad cristiana, cabe preguntarse: ¿cómo formar a jóvenes en el ABC del anuncio cristiano, de la celebración, de la comunión y del servicio? Es decir, si hablamos de la dimensión profética, ¿cómo iniciamos al aprecio y conocimiento de la Biblia? Respecto a la dimensión celebrativa, ¿cuáles son los primeros pasos para educar en la liturgia comunitaria? ¿De qué manera formar en el lenguaje simbólico? ¿De qué manera formar a los jóvenes en el silencio? Exactamente lo mismo puede plantearse de cara a las dimensiones del servicio y de la comunidad.

Estos son algunos desafíos de una pastoral salesiana actualizada, es decir, en clave de iniciación cristiana.





Inspectoría Salesiana San Gabriel Arcángel - Chile
Notas de Pastoral Juvenil